

Escenas de una vida de conciertos

Pablo Espinosa

Como la de un gato, una vida de conciertos concita agilidad felina, instinto superior, higiene magistral e infinidad de tonalidades en maullidos.

Agilidad: va desde la destreza en llegar a la butaca de hasta en medio de la fila luego de sortear bolsos, paraguas, pañuelos y rodillas de quienes no se dignaron a ponerse de pie para librar el paso, hasta la capacidad de hacer elásticas las entendederas, es decir, tener los oídos tan abiertos y sin prejuicios para que salten, ágiles, de partituras conocidas hasta los descubrimientos.

Instinto: el buen melómano sabe, con muy pocos indicios, cuándo un concierto es imprescindible, en qué ocasión abandonar el recinto durante el intermedio, e inclusive adivinar la pieza de regalo, *encore*, que obsequiará el solista en turno luego de

los apoteósicos aplausos.

Higiene: éste es un capítulo central, que amerita libros enteros —de hecho ya existen algunos publicados—, mucha paciencia pero sobre todo sentido del humor: las toses durante los conciertos.

Infinidad de tonalidades: como la música sucede en el tiempo, jamás logrará congelarse la imagen, nunca se repetirá nada, seremos Heráclitos en el mismo río toda la vida.

Asistir a un concierto es un ritual que inicia desde que nos enteramos del programa y no termina nunca, porque lo que aconteció en esa velada nos cambió la vida de alguna manera, y los efectos pueden notarse de inmediato o nunca, pues por lo general son imperceptibles porque no son utilitarios. Si algo alteran es el espíritu, y siempre es para bien.

Ya cumplidos los protocolos iniciales del ritual, que consisten en consultar el programa, comprar los boletos, transportarse a la sala, estamos ahora en el vestíbulo: un coro de murmullos, una conjunción bizarra de diálogos que se vuelve triálogos, cuadrálogos, poliálogos, una extraña glosolalia que inicia con el saludo y las frases obligadas y discurre por los temas más banales, incluso algunos —pocos— temas que sí tienen que ver con las partituras que sonarán enseguida, se traslada al interior de la sala.

Éste es siempre un momento mágico. Una corriente eléctrica parece unificar a todos, público y orquesta, mientras suena una suerte de obra sinfónica cubista: el trombón suelta estornudos de locomotora mientras el corno francés regurgita frases sueltas mientras los violonchelos diva-



Sede de la Filarmónica de Berlín



Sede de la Filarmónica de Berlín

gan con Wagner y así los distintos instrumentos suenan a cosas muy distintas: el proceso de afinación individual, que abre paso al umbral:

El concertino, que a últimas fechas gozosamente deviene con mayor frecuencia en la concertino, se para frente a la orquesta e indica al primer oboe que entone una nota La (en caso de un concierto para piano y orquesta, la concertino hace sonar la tecla La) y la flama se traspasa, homérica y solemne, de la sección de metales a la de maderas y de ahí a las cuerdas.

Se hace enseguida un silencio imposible, que dura apenas un instante. Aparece el director de orquesta. Aplausos. Empuña la batuta. Silencio. Anacrusa. Milagro.

Generalmente la primera obra es una obertura, festiva de preferencia, y eso pone de buenas a todos. La siguiente obra es un concierto, es decir, una pieza escrita para un instrumento acompañado de la orquesta. Los conciertos, en su mayoría, están edificados en tres movimientos, el segundo de los cuales es lento, suave, delicado y en este momento tan frágil, como diría la familia Strauss a coro, es cuando la polka torció el rabo.

Porque justo en el instante más íntimo de un *adagio* de, por ejemplo, Mozart, suenan, estentóreas, las toses de cierto sector del público. Un otorrinolaringólogo en la sala dictaminaría de inmediato: la mayoría de estas toses son impostadas, sólo un

porcentaje mínimo amerita medicamento. Además, si alguien está enfermo ¿por qué acude así a un concierto? No sólo perjudica sus vías respiratorias, también las ajenas, además de los tímpanos y eso que no ha empezado el concierto de fosas nasales. Oídos, nariz y garganta, un concierto sería el agosto de todo otorrinolaringólogo.

¿Dijimos que un concierto es lo mismo que un concierto? Ah, bueno, sucede que un concierto —eso sí lo dijimos— es una pieza musical compuesta para un instrumento solista con acompañamiento de la orquesta. Y por extensión a una sesión sinfónica se le suele denominar concierto, aunque esté conformada, por lo general, por tres obras: una obertura, un concierto y una sinfonía.

Es como el término “música clásica”, que también se usa como extensión del término que identifica a un periodo de la historia de la música, el clasicismo, de manera que música clásica en sentido estricto es la que escribieron Beethoven, Mozart, Haydn, Schubert, entre otros, aunque linden con otros territorios, como el rococó, el *Sturm und Drang*, o el romanticismo.

Y sucede entonces que se denomina música “clásica” a la que no es, por ejemplo, la de Bach, que es barroca, o la de Stravinsky, que es moderna, y qué decir la de Arvo Part, que es contemporánea. Y así también persiste sinonimia: se dice entonces “música clásica” o “música de concierto” a falta

de definiciones mejores. (¿Música sinfónica, quizá?).

La que no distingue periodos, acotaciones o estilos es la música otorrinolaringológica: las toses, los pañuelos a manera de sordina o amplificadora de la tradicional acción de expulsar los mocos, y en menor escala los inocentes estornudos, que ya comprobamos son en su mayoría manifestaciones modositas de afectación social, mero esnobismo, pose, con su consabida dosis de ridiculez, la que caracteriza a las actualizaciones no declaradas del antiguo *Manual de Carreño*.

Porque muchos de quienes tosen en los conciertos consideran que eso es lo que hay que hacer, porque lo hacen los demás, y eso tiene caché, es sello de distinción, de “buen gusto”, de “oído educado”. Son de los que se creen a pie juntillas eso de que los antiguos romanos vomitaban durante sus comilonas para seguir comiendo, o eructaban en señal de que lo que devoraron les agradó.

El cuento de la pandemia del puerco, que de manera elegante llamaron AH1N1 y alguna eminencia académica y a la postre lideresa del sindicato de maestros tartajeó como DHL ele-ele o algo así, es cosa muy menor comparada con la música otorrinoet-cétera, pues por igual en Londres que en Amsterdam, en Chicago que en Nueva York y vaya, en la mismísima Philharmonie, es decir, la mejor sala de conciertos del mundo, sede de la Filarmónica de Berlín, la gente

tose que da gusto, bueno es un decir, una frase hecha ésa de que “da gusto”, porque hay quienes padecen esas toses como si fuera tormento. No es para tanto, es cuestión de descubrirle, como a todo, el lado amable: toser también puede resultar cómico.

A poco no es cómico que —estamos en la Philharmonie— Sir Simon Rattle baja la batuta, ha concluido el primer movimiento de la *Sinfonía Quinta* de Prokofiev. Y como si en lugar de bajar la batuta hubiese volteado hacia el público y con un movimiento ágil y aéreo les ordenase sonar, el público se suelta en una cascada involuntariamente cómica de toses, estornudos y sonoros pedorreos nasales. Tan divertido está quien no se enfurece, que tiene que aguantar la risa cuando Rattle vuelve a levantar la batuta frente a la orquesta y en ese momento, otorrinolaringólogo de primer nivel, las toses cesan, los estornudos callan, los pañuelos enmudecen. Todos han quedado aliviados en el instante, sus vías respiratorias reposan y resisten hasta que termine el segundo movimiento y recomiencen el concierto de música otorrinocienta.

Ah, pero las reglas de etiqueta no se limitan a las vías aéreas. Está una aldeaña y que tiene que ver con la anterior: los caramelitos en los conciertos.

Esta indicación no oficial del *Manual* de Carreño pasó de generación en generación: es muy chic, da caché, es chido llevar caramelitos a los conciertos. Para refrescar la garganta, dicen. En los vagones del Metro, por cierto, los vendedores ambulantes suelen pregonar: para esa garganta irritada, para ese mal aliento, para el novio, para la novia, para el amigo, para la amiga, para etcétera. No estaría mal que añadieran a su letanía pregonera algo así como: para esos conciertos sinfónicos, son de moda, son de novedá, las nuevas pastillas refrescantes con su envoltorio vacilador, tronador, posicionador.

Porque, ah qué música tan linda ésa de los celofanes de los caramelitos durante los momentos más delicados, más íntimos de un concierto. Hay quienes tienen un sentido del *timing* tan delicado, una orientación de radar, para abrir el bolso, la cartera, el bolsillo, y empezar a acompañar la música de la orquesta con sus envoltorios vaciladores. Y no sólo eso, se empiezan a compartir de butaca a butaca los dulcecitos, en

distintas presentaciones, modelos y tamaños, como si los sufridos ocupantes de las butacas fueran dedicados oradores tan necesitados de lubricante para su divino verbo.

Pero eso no es todo. Está también la noble tradición de los programas de mano, que en realidad deberían llamarse de pierna, porque es sobre las piernas donde van a parar siempre. Sucede que las indicaciones allí impresas deben leerse antes de que inicien las obras, no durante. Ah, *pos* cómo no: hay quienes sacan linternitas del bolso o, costumbre creciente, sacan el celular y lo encienden para alumbrar la página y poder leer a gusto. ¿Y los demás, los de junto? No existen. O eso parece, ante la ausencia de una versión *posmo* y musical del *Manual* de Carreño.

El reflejo de las pantallas de celular suele irradiarse muchos metros a la redonda. Distrae, molesta, interrumpe el discurso de la música. Qué importan los demás, si yo estoy leyendo mi programa, piensan los ingeniosos lectores apoyados en su cibernético recurso.

Y eso puede resultar muy divertido, tanto que hay quienes se emocionan tanto que, se sepan o no (es un decir) la partitura en turno, se ponen a “dirigir” a la orquesta desde su butaca. Pasu.

Helos ahí, los émulos de los grandes maestros. En esta fila, tenemos a un karajancito, en esta obra surge un nuevo abbadito, o aquel entusiasta sirsaimonratlequito.

Tan lindo que es dirigir orquestas imaginarias escuchando discos, como lo hacía mi maestro Raúl Cosío Villegas en los años sesenta, en la Zona Rosa: se ponía su frac, su traje de director de orquesta, ponía un disco a sonar y, delante del público asistente, se ponía a dirigir el disco, con batuta de verdad. Era un músico de verdad, por supuesto, el gran compositor Raúl Cosío Villegas.

Lo que pasa es que quienes se enfadan necesitan armarse de valor y humor para no padecer los mohínes, gestos, acciones y costumbres y usos tan extraños de una buena parte del público, que es además asiduo asistente a los conciertos. Hay que tomarlo “con filosofía y letras”, como dirían los clásicos.

En su magistral relato titulado “Vigilancia”, incluido en su libro *La mesa limón*, el maestro inglés Julian Barnes reproduce escenas de su propia vida de conciertos en

Londres. Su protagonista vigila a quienes hacen crepitar envoltorios de caramelos, a quienes tosen, a quienes agreden a los demás con sus falsas etiquetas. Resuelve el asunto de una manera noble: quien está mal no son los otros, quizás uno sea el que esté mal, por obsesivo, por “neuras”. Cada quien se divierte como puede, porque la gente muchas veces asiste para “divertirse”, no necesariamente para vivir una experiencia musical. Ya sabemos que la música es una forma de conocimiento.

Al contrario de Julian Barnes, yo diría que ni uno ni otro, ni está mal el público que tose, porque además no creo que lo hagan con intención de perjudicar o agredir a alguien, sino simplemente como algo natural, ni quien se queja de los distractores múltiples que suelen poblar los rituales de conciertos.

Cada quien vive sus conciertos como le enseñaron o como puede o quiere. O como le ocurra. Vaya, hay quienes nos descubrimos de pronto con lágrimas en los ojos y nos apenamos por el espectáculo imprevisto, dada la profundidad alcanzada por los músicos en determinadas obras.

Y es que una vida de conciertos aporta siempre magia, crecimiento personal, enriquecimiento pleno. Y ocurren cosas que parecieran increíbles, como cuando el gigante ruso Lazar Berman ofrecía —hace varios lustros— un recital deslumbrante en el Palacio de Bellas Artes y en el momento más sublime, como evidencia de que todos los seres vivos son sensibles y responden a la música, un hermoso gato salió de quién sabe dónde, dio una vuelta entera al piano y al pianista, y así como llegó se fue. Magia.

Ah, el gato no tosió. Es más, ni miao dijo. Solamente trazó un círculo negro con su pelambre recién lamido, a manera de homenaje a Lazar Berman y a la música.

A manera de conclusión: ante las toses en los conciertos, los celofanes de caramelos, los que hacen aspavientos y la hacen de “directores de orquesta”, los celulares que suenan o no, iluminan la semioscuridad de la sala, pero sobre todo ante la magnificencia del mensaje musical, que es lo que importa, la respuesta la otorgan los grandes maestros milenarios:

Comasión y amor incondicional para todos los seres vivos. ■